

dijo que quería que todos los reyes se pusieran de acuerdo; que reuniría un concilio para tratar del asunto; que trasladaría la Santa Sede á Aviñon: pidió compasión y tregua á los miserables ministros, hasta mostrándoles las llagas de su macerado cuerpo. Entretanto aprobó lo que las tres córtes habian hecho; trató con gran rigor á los Jesuitas, quitándoles algunos colegios, enviándoles visitas, imponiéndoles contribuciones, dejando que sus acreedores les vendieran los muebles en almoneda, oprimiéndoles con una fiscalización que repugnaba á su naturaleza, y pidiendo por último á los reyes que le indicasen las razones de su cólera para motivar la condenación. En efecto, Carlos III hizo escribir una Memoria en que se recopilaban; pero Choiseul, burlándose de las *frailadas* del papa, impidió que se enviase esta Memoria, y se le respondió que los motivos se hallaban expresados en las decretos de los respectivos gobiernos; y que esto era bastante, porque ni los reyes debían dar cuenta al pontífice de su conducta, ni lo habian tomado como juez.

Clemente mandó, pues, á Morefoschi que redactara el breve de supresión, pero una vez redactado lo encontró mas *curial que pontificio*, y dijo que era preciso extenderlo en una forma mas conveniente á la majestad del sacerdocio. Las diversas córtes entretanto insistieron en que pusiese término á las dilaciones; Clemente se afligía, lloraba, amenazaba con la abdicación, y le pareció ver la mano de Dios en las cartas que le dirigieron los monarcas de Londres, Petersburgo y Berlin, es decir, un papa griego, un papa anglicano y un filósofo ateo en favor de una órden suprimida por un cristianísimo, un católico y un fidelísimo.

Pero la España, es decir, el ministro Aranda, por medio del embajador Floridablanca estrechó cada vez mas al papa, negando crédito á las enfermedades que alegaba y prometiendo hacer restituir á Benevento y Aviñon (1). Clemente

(1) El señor Artaud, en la *Vida de Leon*, XII, c. 50, ha publicado una carta del ministro Choiseul al cardenal Bernis, fecha 25 de junio de 1769, de la cual aparece que el principal motor de la supresión de los Jesuitas era Carlos III, y que el papa hizo cuanto estuvo en su mano para dar largas al asunto. Veanse algunos pasajes: « No dudo que V. E. comprenderá que me vi forzado á dar este paso, no solo por la deferencia que el rey de Francia debe al rey su primo (Carlos III) en este asunto jesuítico, asunto que se ha agravado por efecto de las circunstancias y por la aversión que el rey de España tiene á los Jesuitas, mucho mayor que la que les tiene el señor de Oeras (Pombal); sino tambien para evitar á V. E. muchas disputas y reclamaciones, de las cuales jamas nos librariamos, porque en España no se abandonan fácilmente ciertas prevenciones si no se han destruido desde el principio.

Yo creo con el rey de Nápoles, que el papa es un hombre débil ó falso: débil si titubea en hacer aquello que su inteligencia, su corazon y las promesas que ha hecho le imponen; falso si trata de burlar á los reyes con esperanzas ilusorias. En ambos casos las consideraciones son inútiles con él ni nos servirán de nada: si es débil, lo será todavía mas cuando advierta que nada tiene que temer de nosotros; si es falso, sería ridiculo dejarle concebir la esperanza de que pudiéramos someternos á sus falsedades. Esto haríamos, señor cardenal, si esperásemos á que el Padre Santo obtuviera el consentimiento de todos los príncipes católicos para la abolicion de la órden de los Jesuitas, y V. E. comprende las

respondió: « Un papa dirige las almas, no trafica con ellas. » La misma María Teresa lo habia abandonado respondiéndole que el asunto de los Jesuitas era un asunto de Estado, no de religion; mientras daba buenas palabras al papa, prohibía al arzobispado de Milan y á otros de sus dominios el publicar la bula *In cæna Domini*, y trataba de aprovecharse de aquellas circunstancias para obtener á Plasencia. Al fin se adhirió á la abolicion, excitada por José II, que « codiciaba los bienes de los Jesuitas con impaciente avidez (1), » y que incluyó en el decreto la condicion expresa de poderse aprovechar de ellos á su arbitrio. Últimamente no quedando subterfugios que oponer, el papa hizo una numerosa eleccion de cardenales para crearse una gran mayoría en el consistorio, y publicó el breve *Dominus ac Redemptor meus*, luego que lo aprobaron todas las córtes. Elogiabase en este breve la sociedad de Jesus; decíase que San Ignacio la habia erigido sobre santas bases, que los pontífices la habian honrado y privilegiado por sus muchos méritos; pero que se habian desarrollado en su seno gérmenes de disension con las demas órdenes, con las universidades, con los príncipes, los cuales habian dirigido sus quejas á la Santa Sede; que los esfuerzos de esta para

dilaciones, las dificultades que se suscitaban. La corte de Viena no dará el consentimiento sino con restricciones y con una negociacion ventajosa; la Alemania lo dará difícilmente; la Polonia, excitada por la Rusia para hacernos mal tercio, lo rechazará; la Prusia y la Cerdeña (lo sé perfectamente) harán lo mismo. Así, pues, el papa no llegará jamas á reunir el consentimiento de todos los monarcas; y proponernos semejante cláusula, es tratarnos como á niños que no entienden las cosas de los hombres ni los negocios de las córtes. Pero donde mas se burla el papa de nosotros, es donde propone que al consentimiento de los monarcas se agregue el del clero. Este último no puede darse en las formas legales sino reuniendo un concilio, y no puede reunirse un concilio en país católico sin la voluntad de los príncipes ó del pontífice.

Toca, pues, solamente á los príncipes de la casa solicitar del papa la extincion de una sociedad que les es hostil, y solo en favor de los príncipes de la casa de Borbon deberá determinarse S. S. á tener esta *condescendencia*. Si el papa quiere hacer este servicio al rey de Francia y al rey de España sin desagradar á los demas, ¿por qué no hace en sus Estados lo mismo que se ha hecho en Francia y España? Extinga la órden de los Jesuitas en sus dominios temporales, y publique una bula en que declare que aquellos príncipes que quieran todavía á los Jesuitas, puedan conservarlos como una congregacion particular, cuyo superior resida en cada uno de los Estados que tenga tan buen gusto.

La hora de decidirse ha llegado, y todo el mundo sabe que los reyes de Francia, de España y de Nápoles se hallan en guerra con los Jesuitas y sus partidarios. ¿Serán oprimidos? ¿no lo serán? ¿Vencerán los reyes? ¿Vencerán los Jesuitas? Esta es la gran cuestion que actualmente agita los ánimos de todos los gabinetes y origina tantas intrigas, tantas dificultades en todas las córtes católicas. A decir verdad no se puede ver este cuadro sin comprender que es indecoroso, y si yo fuera embajador en Roma, me avergonzaria de ver al padre Ricci antagonista de mi señor.

(1) SAINT-PRIEST, p. 433. No sé hasta qué punto serán auténticas las *Lettres inédites de Joseph II, empereur d'Allemagne*. Paris, 1822. En ella manifiesta grande odio á las órdenes monásticas, y principalmente á los Jesuitas, á quienes da los títulos mas denigrantes, acusando á la casa de Austria y á su madre de quererles bien y exhortando á Choiseul y Aranda á darles el último golpe. « Si je pouvais hatr, j'exécrais cette race d'hommes que persecuta Fénelon, enfanta la bulle *In cæna Domini* et rendit Rome si méprisabile. » Otro tanto mostró en su visita á Roma, descrita en las citadas comunicaciones de d'Aubeterre.

tranquilizarlos habian sido inútiles; que aun los mas adictos á la Compañía se habian vuelto ya sus adversarios; por lo cual, por *amor á la paz* de la Iglesia y siguiendo el ejemplo de sus predecesores, que por prudencia habian abolido la órden de los Templarios y la de los Humillados, el papa suprimía la de los Jesuitas, mandando que sus individuos ingresaran en el clero secular ó en cualquiera otra órden regular, pero sin ingerirse en negocios pertenecientes á la administracion pública, y siéndoles vedado hablar ó escribir de la supresión ó de los estatutos de su antigua Compañía, cláusula absurda que ponía al universo católico en la necesidad de desobedecer.

Tratábase de una órden poderosa y rica, cuyo general disponía despóticamente de veinticinco mil individuos, queridos del pueblo y familiarizados con los reyes. Calcúlese, por tanto, ¿qué precauciones no se tomarían para evitar la conflagracion del universo! Expidiéronse órdenes reservadísimas á todos los extremos de la tierra; los soldados del papa hicieron provision de todo su heroísmo; las bayonetas que se habian armado contra los monjes de Port-Royal tomaron por asalto los colegios de Jesuitas... Pero ¡oh maravilla! No se encontró la menor oposicion: aquella órden poderosa y vengativa cedió á la intimacion primera, cruzó los brazos sobre el pecho y espiró lamentando la debilidad del pontífice y la intolerancia de los tiempos. Ni un reo se descubrió de tantos delitos como se le echaban en cara. De sus archivos ocupados debían sacarse las pruebas de los crímenes jesuíticos, en vista de los cuales la posteridad pudiese agregar sus improprios á los que ya les prodigaban los contemporáneos; pero todavía estamos esperando semejantes pruebas. Los ministros, prometiéndose con los tesoros de los Jesuitas pagar las deudas públicas, se apresuraron á verificar el despojo: Carlos III decía que este era su Perú, y Roma lo llevó á cabo con tal ferocidad, que ni aun los republicanos hicieron otro tanto, y los fondos que tenian en los bancos públicos quedaron á beneficio de los respectivos gobiernos, porque, segun se decía, faltando el acreedor, se habia extinguido el crédito. Obligóse á Ricci á jurar que daría cuenta exacta de los bienes de la órden, y por no haberse hallado las riquezas que se esperaban, fué encerrado en el castillo de Sant'Angelo, donde entró protestando que la Compañía no tenia mas riquezas que las que le habian sido dadas por la devocion de los fieles.

Poco tiempo despues Clemente XIV, perdida la salud y la razon, rodeado de fantasmas é implorando la misericordia, se dice que murió envenenado por los Jesuitas. Verdad es que los médicos no encontraron vestigios del veneno; verdad es que el buen sentido preguntaba por qué, si los Jesuitas tenian medios y voluntad para darle muerte, no lo habian hecho ántes del golpe decisivo contra su Compañía, ó bien

por qué no envenenaron á los poderosos que forzaron la voluntad del papa, mas bien que al papa mismo, débil y connivente; pero ¿se oye acaso en tiempo de pasiones la voz del buen sentido?

Pio VI, que le sucedió, no se atrevió, por miedo á los príncipes, á poner en libertad á Ricci, y así continuó este en la prision, no obstante que ni de sus actos, ni de sus cartas interceptadas apareció jamas que se creyese investido todavía del generalato que le habia quitado la bula pontificia. Ofreciéronle un obispado con tal que firmase cierto papel; pero lo rehusó, y al morir hizo poner por escrito que á punto de comparecer ante el único tribunal de verdad y justicia infalibles, bien informado como superior de cuanto concernía á su órden, declaraba solemnemente: que la Compañía de Jesus no habia dado motivo justo para su abolicion, ni él la mas leve causa para su encarcelamiento; por lo demas perdonaba sinceramente á sus enemigos, daba gracias á Dios que lo sacaba de este mundo de miserias, y le rogaba que su muerte sirviese para mitigar las penas de los que padecian por la misma causa. Repitió estas protestas con el viático en la boca, suplicó á todos que las diesen publicidad y murió: Pio VI mandó que se le hiciesen solennísimas exequias y se le sepultara entre sus predecesores, y el obispo de Comacchio en la justificacion que de él hizo lo proclamó mártir.

Así pereció esta Compañía, que no tuvo ni infancia ni vejez. Al breve de supresión habia añadido el papa la prohibicion de insultar por este hecho á los Jesuitas; ¿pero qué importaba á sus enemigos la prohibicion del papa? Así se manifestó una embriaguez de alegría, como si se hubiese redimido otra vez á la humanidad: hubo en Roma pasquines insultantes; los poetas cantaron y elogiaron, y en Lisboa se entonó el *Te Deum* y se puso iluminacion, con órden de formar causa al jesuita que penetrase en el reino ó á cualquiera que hablase contra el breve (1).

(1) Carlos Botta, rabioso enemigo de los Jesuitas, refiere que los jansenistas se mostraron duros con ellos y añade: « Pero mucha mayor humanidad mostraron los filósofos, auxiliando con dinero, consejos y favor á los proscrios discípulos de Ignacio, los cuales excitaban la compasion pública, porque muchos de los que salian desterrados se hallaban reducidos al mayor extremo por las enfermedades, por la edad ó por la pobreza. » Libro XLVIII. El mismo Botta enumera sus culpas, que, segun él, consisten en haber querido sobresalir estudiando para esto mas que nadie; elegir con gran cuidado los novicios, prolongar sus pruebas, de suerte que no profesaran sino estando bien seguros de lo que hacian; tener mejores escuelas que las universidades; granjearse la confianza de los padres y el amor de los alumnos, y estar tan unidos entre sí que los mismos que disgustados se salian de la órden nunca hablaban mal de ella.

Leo (protestante) dice: « El papa tenia derecho para suprimir la órden, y en los intereses de la Iglesia podia haber razones suficientes para ello; pero que un sumo pontífice olvidara hasta tal punto el principio por el cual Roma se habia elevado sobre todo el mundo, que cediera á las instancias de los poderes temporales presentadas en forma insultante, son cosas que prueban claramente que la Santa Sede habia descendido á un estado de debilidad no enteramente originado por las circunstancias, sino culpa en gran parte del hombre que la ocupaba, sin estar



Creyeron los príncipes que al fin ya podían dormir con seguridad habiendo desaparecido aquellos predicadores de los derechos del pueblo; sin embargo, no aceptaron un breve tan pertinazmente solicitado, sino con reservas contra todo lo que pudiese lastimar su autoridad ó la de los obispos. Especialmente en lo relativo á los bienes de la Compañía, declararon que podían disponer de ellos á su talante, á pesar de que el papa había recomendado que fuesen empleados en obras pías. Así la debilidad daba atrevimiento para nuevos insultos.

Los filósofos que habían promovido el golpe tomaron de él pretexto para insultar á la religion como perseguidora: Catalina II, lejos de suprimir á los Jesuitas en Polonia, pidió al papa que les confirmase, y les concedió las atribuciones episcopales como á los misioneros, y le escribía en tono filosófico: « Mal se aviene el temor con el carácter de Vuestra Santidad, ni puede conciliarse su decoro con la política mundana cuando esta se opone á la religion. Si yo protejo á estos pobres religiosos perseguidos, no es por capricho, sino por seguir las inspiraciones de la razon y de la justicia, y con la esperanza de proporcionar ventajas á mis pueblos. Esta sociedad de hombres píos é inocentes vivirá en mi imperio, porque entre todas las corporaciones la suya es la que me parece mas á propósito para instruir á la juventud y á la gente tosca, inspirándoles sentimientos de virtud y de obediencia y enseñándoles los verdaderos principios de la religion cristiana. En cuanto á cábalas é intrigas clericales, nada tengo que temer; bajo mis leyes no se persigue á nadie sino por razones evidentes, y en cuanto á las maldades de que ha sido acusada la Compañía, jamas se han podido probar, y me atrevo á decir que ni Vuestra Santidad ha visto tampoco prueba ninguna de ellas. » Concluía esta carta pidiendo al papa los conservase en Rusia, diciendo que ella pensaria en contentar á las cortes hostiles, las cuales, por lo demas, no creía que por esto la hiciesen la guerra (4 de junio de 1783). Federico II rechazó la bula de supresion, declarando que queria conservar á los Jesuitas, porque eran los mejores sacerdotes y maestros que conocia. Los filósofos, sus amigos, insistian con perseverancia para que los expulsase, pero él repetía que las leyes sabrian castigar al culpado, cualquiera que fuese, sin confundir al reo con el inocente, y que no le importaba que le acusasen de tolerancia, vicio el ménos deplorable de un soberano (1). Aburrido sin embargo de su pertinacia, para librarse de ella mandó que los Jesuitas dejasen el hábito y el nombre y formasen la congregacion del instituto real de las escuelas, continuando como

dotado del heroísmo que requería su elevada posición. *Hist. de Italia*, lib. XII, c. 4.

(1) Véase su correspondencia con d'Alembert en el tomo XVII de las obras de este, y principalmente las cartas de 7 de enero, 11 de marzo y 15 de mayo de 1774.

antes la instruccion pública. Despues su sucesor los suprimió enteramente.

Los gobiernos no examinaron si una sociedad, que como decian habia perdido toda influencia en la política y en la opinion pública, podía aun infundir espanto; ni se les ocurrió que una orden que dirigía la educacion y las conciencias, no podía ser destruida sin que su destruccion produjera un trastorno moral, y sin que quedaran desprovistos de profesor los colegios ántes de que se pensara en reemplazarlos (1). Los bienes, suficientes para personas que vivian en comunidad, vinieron á ser insuficientes para costear la instruccion seclar; por cuya razon el tesoro público, en vez de florecer, sufrió nuevo descalabro.

Los príncipes hubieron demostrado de esta manera que ningun freno reconocian á su absoluto poder de hacer y deshacer; los pueblos, que entónces comenzaban á pedir sus libertades, se persuadieron de que no podian conseguir las sino por medios ilegales y violentos. El miedo de parecer injustos hace injustos á muchos, y ha dictado hasta ahora los juicios que se han hecho sobre este acontecimiento: si fué generoso ó torpe, el lector puede ya decirlo desde luego; si fué un bien ó un mal, no se podrá decidir sino despues que se haya demostrado si fué un bien ó un mal la Revolucion (2).

## CAPÍTULO XI

Turquía y Persia.

En estas complicaciones de la política llega ya la ocasion de hablar de un Estado cuya decadencia ha visto el siglo anterior y cuya destruccion verá tal vez el nuestro. El sultan Acmet III en la paz de Passarowitz habia perdido el bhanato de Temiswal, el territorio de Belgrado con gran parte de la Servia y algo de la Valaquia, y adquirido en cambio la Morea y las islas inmediatas sin dejar á los Venecianos mas que á Cerigo. Por aquellas pérdidas los musulmanes le acusaban de haber envilecido al imperio. Tambien con la Rusia tuvo guerras desgraciadas, pero Pedro el Grande, aunque victorioso, se lamentaba de haber tenido que ceder á Azof; y para recobrarlo llenaba de naves el Don, cuando le sorprendió la muerte y hubo de dejar á sus sucesores el cuidado de continuar sus empresas en Oriente. Sin embargo, las dos potencias enemigas parecian de acuerdo para aprovecharse de las turbulencias de Persia.

(1) Un grande enemigo de los Jesuitas escribía en 1815 en tono de reconvenccion: « Les hommes qu'on acense d'avoir donné le mouvement ou préparé les voies à la Révolution, n'avaient-ils pas été pour la plupart élevés dans les collèges tenus par les Jésuites? » *Du Pradt, Congrès de Vienne*.

(2) Cuando escribí primeramente este capítulo y el diez y nueve del libro quince, no se habian suscitado todavía ni los temores á esa orden suprimida, ni las consecuencias siempre excesivas del miedo, ni las persecuciones deshonestas, ni las deplorables reacciones.

La Persia comprende cuatro poblaciones diferentes. Las tribus indígenas que vagan por las montañas entre el Golfo Pérsico y la Armenia, es decir, el Kerman, el Fars, el Irak y el Curdistan, nunca han sido subyugadas, pero han sido tenidas á raya por las tribus turcas y por las de los Tártaros y Turcomanos, que son otras dos razas que conquistaron sucesivamente el país. Finalmente, las tribus árabes habitan el territorio abierto, traficando en el golfo, y no tienen de dependientes mas que el nombre.

Los Persas, sometidos á un gobierno despótico, están divididos en cuatro clases: guerreros, preponderantes por la ley mahometana; legistas, mercaderes y artesanos, y agricultores. Ocupados tranquilamente en sus trabajos, compensan los perjuicios de un gobierno femeníl y tiránico, y de señores que educados en los harems no conocen sino la embriaguez de los deleites y de la barbarie. Entre aquella genealogía embrutecida y sanguinaria, sobresalió el shah Abbas el Grande, que en cuarenta años de reinado se cubrió de gloria. La del Iran quedó un poco eclipsada á su muerte, y así como los Persas no suelen describir un siglo de decadencia, los Europeos no saben decir de él sino que fué una época de tiranía y debilidad. La última voluntad de Abbas llamó al trono á su nieto San-Mirza, que se tituló el shah Séfi, cuya coronacion se celebró sentándole sobre tantas alfombras como individuos de su casa habian reinado. Educado en el harem, bajo un aspecto blando, ocultaba un corazon feroz, y por capricho ó por miedo exterminó con fria crueldad, no solo á sus parientes sino á otros muchos. Habia mandado sacar los ojos á su propio hijo Abbas, pero arrepentido de este hecho á la hora de su muerte, un eunuco que se habia atrevido á desobedecerle se lo presentó sano, y él le proclamó su sucesor.

Abbas II habia sido educado por buenos maestros en su niñez, los cuales trataron de moderar el lujo y las costumbres y abolir el uso del vino, al cual se habia entregado excesivamente Abbas el Grande; pero quizas la severidad de sus preceptores hizo que el joven monarca aborreciese la sujecion en que habia estado, hasta tal punto que apenas pudo hacerlo impunemente, se abandonó á la crápula y á sus instintos crueles. Vivió en paz hasta la edad de treinta y seis años, tolerando las diversas sectas religiosas; pero manifestándose inhumano con los que le rodeaban, á muchos de los cuales quitó la vida, mientras con los desórdenes se acortó la suya.

Su hijo Sefi tomó el nombre de Soliman para desvanecer los siniestros agüeros que acompañaron á su primera coronacion. Cuéntanse de él atrocidades apenas creíbles aun en el despotismo oriental. Dícese que mandó quemar á todas las mujeres de su harem, las cuales por devocion se habian negado á embriagarse, y mató al eunuco que para evitarle un tardío arrepentimiento habia salvado á sus favoritas mas queridas. Mientras se embriagaba y obliga-

ba á sus ministros á imitarlo, devastaban los Usbekos todos los años el Corasan, y los Tártaros las orillas del Caspio: Ali-Kuli-khan, gran guerrero, los reprimió, pero era tan turbulento que se le tenia encerrado y solo se le ponía en libertad cuando era necesario, por lo cual se comparaba con el leon del shah, diciendo: Me encadenan cuando no sirvo, me sueltan cuando me han menester. Un dia habiendo salido á caza, por indulgencia del que tenia encargo de custodiarlo, supo la muerte de Soliman, y arrojándose sobre su custodia le mató diciendo: « Toma para que aprendas á no dejar libre al hombre que te ha dado el rey para que le guardes; » y en seguida se presentó en la corte jactándose de este rasgo de fidelidad.

Soliman, próximo á morir habia dicho: « Si queréis la paz, poned en el trono á Husein-Mirza; si queréis la gloria, coronad á Abbas-Mirza. »

Los eunucos para dominar prefirieron á Husein, débil y fanático, que solo daba los destinos á los mollahs y á los sin; los colegios de estos se hicieron asilo de asesinos, y Mollah gobernaba á la Persia á su talante, llevando su fanatismo hasta el punto de mandar arrojar todo el vino y aguas olorosas que habia en la corte y romper los vasos en que habian estado. Persiguióse á los herejes, especialmente á los sufistas, y entre tanto todo era bajeza y envilecimiento en la administracion pública. Husein no pronunció una sola sentencia de muerte, y su pereza no se desmintió en ninguna de las frecuentes sublevaciones que conmovieron su reino.

El Candahar, situado entre el país de los Mogoles y el de los Persas, estaba sujeto segun las circunstancias, ya á unos, ya á otros, lo cual significa que no obedecía á ninguno, siendo mas bien regida por los jefes que cada tribu elegía.

La principal de esta era la de los Afganes, que habitaban los montes situados entre el Indo y el Corasan, distintos por su raza de los Persas, de los Tártaros y de los Indios, é hijos, segun algunos, de los Judíos que llevó esclavos Nabucodonosor. Habiendo abrazado el islamismo, respetaban poco á un gobierno que tendia á establecer la unidad entre las diversas tribus; y vacilando entre la Persia y la India, siempre habian sido súbditos inseguros y peligrosos. Una de sus familias se sentó en el trono de Dehli. Cuando Abbas el Grande se apoderó del Candahar, las tribus de Guilge y de Abdalli se sometieron á la Persia, cuyo gobernador las oprimió y descontentó, hasta que Abbas nombró jeque de Ispahan á Sidu, de su raza, cuyos descendientes (*siduceos*) fueron venerados como sagrados y obedecidos. Sin embargo, los Afganes eran mas adictos al gobierno de Dehli que al de Ispahan; por lo cual Husein para tenerles á raya, envió á su país en calidad de gobernador á Georjin-khan Walli, esto es, al príncipe de la Georgia, acompañado de un ejército. Este los subyugó y trató como pueblo conquistado, y

Husein.  
1694.

Abbas.

Sefi.  
1628.

Abbas II.  
1642.

Solimán.  
1666.